



HAROL GASTELÚ PALOMINO  
INÉS ARTETA  
ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO  
ANDRÉS FORNELLS  
CARLOS RODRIGUES GESUALDI  
DANIELA VALDEZ  
MANUEL AMORÓS  
JOSÉ LUIS GARCÍA RODRÍGUEZ  
ISAAC BELMAR  
TOMÁS PÉREZ SÁNCHEZ

# Sexto Continente



Ediciones  
Irreverentes

ANTOLOGÍA

# SEXTO CONTINENTE

Colección Cercanías  
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© de sus respectivas obras: Manuel Amorós, Andrés Fornells, Álvaro Díaz Escobedo, Daniela Valdez, José Luis García Rodríguez, Harol Gastelú, Isaac Belmar, Inés Arta, Tomás Pérez Sánchez, Carlos Rodrigues Gesualdi

© Del prólogo: Miguel Ángel de Rus

Ilustración de portada © Raúl Sagospe

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

Marzo de 2010

<http://www.edicionesirreverentes.com>

[editor@edicionesirreverentes.com](mailto:editor@edicionesirreverentes.com)

ISBN: 978-84-96959-59-0

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Composición: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

Sexto Continente nació como programa de Radio Exterior de España con una finalidad: servir de intermediario a escritores y lectores que tuvieran como herramienta común el español. A estas alturas de la vida no creemos en más patria posible que el idioma. Como parte del proyecto decidimos crear unos premios de Relato que sirvieran para dar a conocer a autores hispanoamericanos en España y a escritores españoles en América.

El resultado ha sido extraordinario. Han participado escritores de casi todos los países hispanoparlantes, así como autores que viven en Estados Unidos y diversos países de Europa. La selección de los 10 ganadores fue difícil, y por ello, placentera.

Abre la antología el peruano Harol Gastelú, profesor de Arte y Literatura en la Universidad de La Cantuta. Ha publicado el libro de relatos «Historias urbanas». Nos sitúa en la mente de Fujimori, en el exilio, y a través de sus ojos vemos cómo era y cómo es Perú, la guerrilla, los crímenes de Estado, los robos, las venganzas personales. Pérez de Cuellar o Vargas Llosa —mencionado como El Escritor— son protagonistas de este relato estremecedor.

Le sigue un autor novel, Manuel Amorós, que profundiza en su extraordinario texto en los vaivenes del destino, la levedad de la existencia y los azares del futuro. El tren se convierte en protagonista y en metáfora.

Andrés Fornells, aventurero de profesión y autor de libros como «Jazmín significa amor voluptuoso», «El seductor y la rica heredera» e integrado en antologías como «Microantología del microrrelato» y «Antología del relato negro I», nos ofrece un viaje nada turístico por África, cargado de humor, peripecias y nostalgia.

Álvaro Díaz Escobedo, ganador con su novela «El mentalista» del Primer Premio Incontinentes de Novela Erótica, autor de «Esencia de mujer», e integrante de antologías como «250 años de terror» y «Antología del relato negro I», nos presenta a un muchacho dominicano como protagonista —a su mote se refiere el título—, guía turístico y espantador de mendigos.

La jovencísima autora mexicana Daniela Valdez propone una historia de amores cruzados con fondo artístico que va más allá del tiempo, fusionando memoria, sueño y realidad.

José Luis García Rodríguez es un experimentado autor en cuya carrera destacan títulos como «La agonía del socialismo», «La pirámide de las flores» y «En nombre del nieto». Nos lleva a los años de la República española y a las vivencias de una de los llamados *niños de la guerra*, entre Moscú, Cuba y Berlín.

Isaac Belmar ha participado en antologías como «13 para el 21», «Poeficcionario» y «Antología del relato negro I». El protagonista de su escalofriante relato vuelve a su pueblo intentando reencontrarse con el pasado, pero se encuentra con el aterrador presente, con las sombras atemorizantes de otros tiempos. Nada es lo que parece.

Inés Arteta es profesora de Historia de la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado el libro de relatos «Chicas bien» y la novela «El mismo río». Su relato, con tono intimista, nos ofrece una historia de encuentros y desencuentros.

Tomás Pérez Sánchez es autor de novelas como «La oleada de la desesperación», «El cielo de los ateos», «Todo por el sistema» y «Los Araciles». Trata en su relato de su pasión, la moto, de un viaje por el interior de España y de la facilidad con la que los más jóvenes están dispuestos a jugarse la vida por nada.

Carlos Rodríguez Gesualdi, autor de libros como «Una gata con todos los nombres del mundo» nos plantea si la crueldad de la guerra de Afganistán tiene algo que ver con antiguos tiempos, si Hemingway, de estar en Kabul, habría utilizado esa guerra para resaltar las virtudes de los hombres.

El Primer Premio Sexto Continente buscaba diez relatos que trataran de viajes, exilio o emigración. Hemos encontrado historias que profundizan en nuestro tiempo y en nuestras almas.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

## HOTEL TOKIO HAROL GASTELÚ PALOMINO

*A Susana Quevedo Sánchez,  
por sus valiosos aportes para escribir esta historia*

Los peruanos sí que eran bien desagradecidos: qué rápido habían olvidado que él, el Chino, los había salvado del Apocalipsis en que los dejó el gobierno de García: dos mil por ciento de inflación al año, los comunistas a punto de dar el zarpazo final en Lima y cantar victoria después de una prolongada y cruenta guerra popular. Si no fuera por él, el Chino, los limeños estarían hoy en los campos de arroz con las espaldas dobladas trabajando de sol a sol hasta reventar igual que animales de carga como en la Camboya de Pol Pot. Y así le pagaban: con el exilio, con una patada en las posaderas. ¡Malagradecidos! Tokio era una ciudad impresionante: altísimos edificios, trece líneas de metro, calles limpias, peatones que respetaban las señales del semáforo, no como los peruanos que cruzaban las pistas en forma temeraria desafiando a la muerte. Quizá convivir con la parca durante más de una década los había hecho indolentes a ella. La Lima que encontró al asumir su mandato era un caos, un desastre, lleno de vehículos destartados, de edificios a punto de derrumbarse. Solo diez años más en el poder, como siempre le decía Montesinos, y el Perú sería una nación del primer mundo, la envidia de Sudamérica, con colegios y hospitales modernos, sin analfabetos. ¿Qué de bueno hizo el gobierno aprista? Nada. Apenas un tren eléctrico a medio construir. Lo habría concluido pero prefirió que se quedara así para que nadie olvidara el desastre en que los dejó Caballo Loco. Él, el Chino, le había dado de comer al pueblo creando los comedores populares, ampliando los comités de vaso de leche para que ya nadie buscara entre las montañas de basura un mendrugo de pan para sobrevivir. ¡Y este era el pago que le habían dado! Un café, sintió ganas de beberse un

café, tener noticias de la distante patria, enterarse de los malabares que estaba haciendo la justicia peruana para sentarlo en el banquillo de los acusados, leer los últimos informes que su hijo Kenji le mandaba por correo, las palabras de aliento que las Marthas -Chávez, Hildebrandt y Moyano- le enviaban todos los días desde que salió del Perú abruptamente: estamos con usted, presidente Fujimori, ¡fuerza! Ahora el Escritor se estaría riendo de él de oreja a oreja mostrando sus dientes de conejo sin pudor alguno: nunca le había perdonado que lo derrotara, que no lo dejara llegar a la presidencia como había sido su ambición. Un simple profesor de matemática de una universidad nacional, encima nikkei, había humillado al más grande escritor peruano de todos los tiempos, solo comparado con Vallejo, eterno candidato al Nobel, doctor honoris causa de muchas universidades del mundo, ganador de innumerables premios literarios. Haber truncado sus aspiraciones presidenciales no tenía perdón. Fue tanta su rabia que incluso optó por la nacionalidad española. ¿Pero acaso él, el Chino, tenía la culpa? El pueblo es el que lo había elegido hartos de las promesas que nunca le cumplían: pan para todos, luz y agua para todos. La campaña electoral del noventa había sido feroz: los banqueros y la oligarquía habían puesto en movimiento toda su maquinaria para que el Escritor llegara al poder pero él, el Chino, se les había interpuesto en el camino montado en un viejo tractor de agricultor y prometiendo solo tecnología, honradez y trabajo. Y el truco le funcionó: llegó a la segunda vuelta electoral donde con un contundente 60 por ciento de votos aplastó al candidato de los ricos. Sonrió de medio lado, con esa sonrisa torcida con que lo dibujaban los caricaturistas y le deformaba el rostro como al doctor Saravá, uno de sus más fieles seguidores. Eso no se lo habían perdonado nunca como no lo habían hecho con Odría y Velasco, quienes habían gobernado para el pueblo y por el pueblo a pesar de ser calificados como dictadores por los políticos tradicionales, esos buitres de saco y corbata, marionetas de la oligarquía. Por eso habían mostrado una férrea oposición en el Congreso a todos sus proyectos. Hasta que se hartó y los puso de patitas en la calle ese 5 de abril de 1992, hace ocho años ya. Cómo había pasado el tiempo. Ese día tomó la deci-

sión de gobernar con mano de hierro para derrotar a la subversión, para hacer que el Perú renaciera de sus escombros como el ave Fénix. Hasta había sacrificado su vida personal, su matrimonio se había ido al garete por pensar en su patria. ¡Y así le pagaban! La Higuchi también se estaría riendo de él. Alguna vez soñaron que pasarían sus últimos días en el país de sus ancestros pero jamás se imaginó que solo él, el Chino, vería hecho realidad su sueño, el sueño de ambos, aunque a la fuerza. ¡Qué deslealtad la de la Higuchi! Por eso la había sacado de Palacio y puesto a Keiko como primera dama. Y no lo había hecho nada mal su hija. Quizá algún día llegara a la presidencia también, el camino estaba desbrozado, la semilla echada en la tierra. ¡Cuánto le debían los peruanos! Cuando él, el Chino, llegó al poder, el Perú agonizaba como consecuencia de la guerra campesina. Después de arrasarse inmisericordes los Andes, los maoístas habían fijado su mirada en las grandes ciudades, sobre todo en Lima. Un poco más, y el Perú colapsaba. Quizá debió dejarlos así, que se jodieran, total, él podía haber agarrado a su familia y marchado al país de los suyos, al país del Sol Naciente de donde, en 1934, sus padres, Naoichi y Mutsue, se habían embarcado a la tierra de los incas en busca de un futuro más promisorio. Ahora él, el Chino, había hecho el viaje de retorno para escapar de las fauces de sus enemigos políticos, quienes no pararían hasta verlo en el cadalso con la soga en el cuello, pidiendo clemencia. Tendrían que esperar sentados esos miserables hijos de perra. Al menos aquí estaba a salvo gracias a que también tenía la nacionalidad nipona y Japón no extraditaba a sus súbditos, ¿pero hasta cuándo duraría este exilio? García, ese 5 de abril, había huido como una rata asustada y ahora anunciaba su regreso después de haber vivido a cuerpo de rey entre Colombia y Francia. No solo regresaba sino, cínico él, anunciaba su candidatura presidencial. El exilio de Caballo Loco había durado ocho años, ¿cuánto duraría el suyo? ¿Cuándo se darían cuenta los peruanos que los políticos tradicionales se habían complotado para desalojarlo de Palacio? ¡Presidente Fujimori!, le gritó, desde la vereda, con emoción, un peruano, uno de los tantos peruanos, un nikkei, que también había hecho el viaje de retorno al país de sus ancestros porque en el Perú de inicios de los noventa no se

podía vivir. ¡Vuelva al Perú, presidente Fujimori, lo necesitamos! El sátrapa sonrió de medio lado, murmuró un gracias, hizo una venia. La inmensa mayoría de peruanos estuvo de acuerdo con el cierre del Congreso, un Congreso de incapaces, de corruptos, de ladrones. Quizá debió aceptar cuando los generales que apoyaron el autogolpe le dijeron bombardeemos el Palacio Legislativo tal como Pinochet hizo con La Moneda, acabemos con todos esos miserables de una buena vez. ¡Tarde para arrepentirse! En los Andes lo querían porque gracias a él, el Chino, ahora vivían en paz, Sendero había sido derrotado para siempre. ¿García se habría atrevido a presentar a Abimael enjaulado y en traje a rayas? Seguro que no. Ni Belaunde. Nada habían hecho esos mequetrefes para derrotar al llamado Ejército Guerrillero Popular. Todo Ayacucho se volcó a las calles durante las exequias de Edith Lagos, la mítica guerrillera muerta en la flor de su juventud, y Belaunde no había ni levantado una ceja. Durante diez años habían dejado que los terroristas hicieran lo que les diera la gana, hasta que llegó él, el Chino, y puso en vereda a todos esos mal nacidos y traidores a la patria. A todos los había enjaulado, aislado, mandado a pudrirse en la gélida prisión de Yanamayo, construida especialmente para albergar a los terroristas. ¿Eso habrían hecho Belaunde, García? No, habían sido cobardes, se habían orinado de miedo, en cambio él, el Chino, no. Creó tribunales especiales con jueces sin rostro, condenó a cadena perpetua a todos los líderes de la guerrilla en juicios sumarios. Él, el Chino, les había devuelto la paz a los peruanos. ¡Y así le pagaban! Debió dejar que se jodieran. ¿Cuándo se jodió el Perú, Chino? ¿Cuando García se enfrentó al FMI? ¿O cuando propalaron el video Montesinos-Koury? Un chinito de medio pelo se había dado el lujo de derrotar a dos peruanos ilustres: primero al Escritor el 90 y luego a Javier Pérez de Cuellar, ex secretario general de la ONU nada menos, el 95. Si hubieran candidateado solos quizá lo habrían derrotado pero lo hicieron acompañados por todos esos viejos partidos políticos que el pueblo despreciaba porque solo se ensuciaban los zapatos en épocas de elecciones. ¡Era más ciega esa gente! ¡Presidente Fujimori!, le gritaron otra vez desde la calle. Sonrió, hizo una venia. Pasar desapercibido, perderse entre la gente,

ser uno más de ellos, un japonés, ¿hasta cuándo? Añoraba el regreso, los vítores de la masa: ¡Chino, Chino, Chino!, la sobonería de Laura Bozzo, la llamada abogada de los pobres. Si no fuera por Montesinos, todo sería diferente. ¿Cómo se le ocurrió al estúpido ese grabar cosas tan delicadas? Un video había dinamitado su gobierno mandando al diablo su reelección. ¡Un simple video! Maldito Fernando Olivera. Debió de haber sacado el ejército a las calles, encarcelado a todos esos viejos políticos. Estaba seguro que el pueblo apoyaría esa medida como lo apoyó el 5 de abril del 92 pero no lo hizo. Prefirió desactivar el Servicio de Inteligencia, convocar a nuevas elecciones. ¿Quién habría filtrado ese maldito video? ¿Quién? Quizá alguna amante despechada de Montesinos, una rival de Jacky, la firme de su ex hombre fuerte. Quizá la Pollito, ¿cómo se llamaba la tipa esa? Tenía un apellido horrible que se duplicaba. Le daba mala espina. Matilde se llamaba, recordó. Pinchi Pinchi eran sus apellidos. Quizá no tuvo padre y su madre tuvo que duplicar su apellido como sucedía con muchos peruanos. ¿Por qué a Montesinos le gustaba tener en su entorno a gente tan horrible: la Pinchi Pinchi, la Bozzo? Estaba seguro que esa vieja bruja había filtrado el video. No te fíes de las mujeres, le había aconsejado siempre a su asesor, a menos que sea tu madre. Ni siquiera de tu mujer. Esas son las primeras en traicionarte. Pero el hombre no le había hecho caso. Siempre estaba rodeado de mujeres, modelos, reinas de belleza, bailarinas. Cómo no iban a despertar los celos de las brujas. O la Bozzo tal vez, sus loas no eran gratuitas, tenía su programa propio, se llevaba su buena cantidad de dólares mensualmente pero quizá envidiaba a Jacky. O Jacky, esa putilla arribista tampoco era de fiar. Quizá se cansó de Montesinos. Hace tiempo debió deshacerse de Montesinos él también. Montesinos, el expulsado del Ejército por traidor, el ex capitancito de medio pelo que ponía y sacaba generales como quien se cambia de calzoncillos. El poder lo había envanecido. El imbécil ese se había mandado construir un palacio en playa Arica, tenía cuentas en Suiza, Luxemburgo, las Islas Caimán. Había robado a sus espaldas a manos llenas, más de lo que él suponía, y ahora estaba jodido, hundido hasta el pescuezo, Panamá le había negado el asilo, ahora lo acusaban de crímenes

de lesa humanidad. Si lo capturaban, le esperaban muchos años en la sombra. Menos mal que él, el Chino, huyó a tiempo. Menos mal que él, el Chino, contaba con la protección del Japón. Fujimori volvió a sonreír de medio lado. Desde donde estaba, el décimo piso del hotel Tokio, tenía un amplio panorama de la capital nipona. Hace cincuenta y cinco años el Japón había estado en guerra, dos bombas atómicas habían devastado su territorio. Menos mal que sus padres habían abandonado la prefectura de Kumamoto y marchado al Perú antes de ese cataclismo. Pero habían muerto añorando el regreso, extrañando la lejana tierra. Él, el Chino, era el que había vuelto, convertido en un ex presidente. El Japón lo había acogido con los brazos abiertos. Sus autoridades mantenían silencio ante los pedidos de extradición de la justicia peruana. La INTERPOL estaba tras sus pasos. Nunca podría salir del archipiélago, volver al Perú, a menos que su hija Keiko llegara a la presidencia. Qué rápido habían olvidado los peruanos el rescate de los rehenes de la residencia del embajador japonés en Lima. Ese 17 de diciembre de 1996 tuvo suerte: estaba a punto de abandonar Palacio con dirección a la fiesta, cuando una voz interior le susurró a los oídos que no lo hiciera. Le hizo caso, canceló su cita y salvó el cuello. Esa misma voz, diez años atrás, y después de pasar a la segunda vuelta electoral, le dijo que no aceptara la propuesta hecha por el Escritor: cogobernar. Dijo no y la victoria fue suya y el Escritor se marchó del Perú con el rostro desencajado y el corazón lleno de veneno. Ahora se estaría riendo feliz de ver a su ex rival en el exilio. Un café, noticias del Perú, llamar a sus hijos. ¿Ya capturaron a Montesinos? ¿Todos los videos que quedaron allá ya fueron destruidos? No dejen que ni uno más se filtre a la prensa. Quemem todas las pruebas. Sentía una acidez en la boca del estómago. Debió de deshacerse de Toledo, desaparecerlo. Toledo, ese cholito que había movilizado a las masas en la llamada Marcha de los Cuatro Suyos con intenciones de tumbarse a su gobierno después de perder las elecciones. Allí se le fue la mano a Montesinos: dinamitó e incendió la sede central del Banco de la Nación matando a seis vigilantes y eso exasperó a la gente, y allí estaban las consecuencias, sino hasta ahorita estaría en el poder. ¡Chino, Chino, Chino! ¿De quién fue la idea de

lavar la bandera peruana frente a sus narices? Debió meterles bala como hicieron las autoridades chinas con los revoltosos de la Plaza Tiananmen. Esas eran malas señales. Se acercaba la tormenta y él no supo darse cuenta a tiempo. En realidad, no quiso escuchar a esa voz interior que le decía que diez años en el poder eran más que suficientes para pasar a la historia como Castilla o Belaunde. No debió presentarse a las elecciones del 2000. Debió dejar que su hija ocupara su lugar. Keiko seguro arrasaba con todo como él, el Chino, lo había hecho hace diez años ya. Extrañaba el ceviche, el arroz con mariscos, la mazamorra morada, el suspiro limeño, el pisco sour. Eso era lo malo del exilio: extrañar la comida. A su edad ya no estaba para cambiar de gustos culinarios, la comida japonesa le caía pesada. Toledo. ¿De dónde había salido ese cholito que lo había desafiado tan descaradamente? Era un pobre diablo que gracias a su inteligencia había estudiado en los Estados Unidos. Había sido canillita, zapatero, pescador, ahora quería ser presidente. Había soñado con ser presidente desde niño, contaba. Cholo imbécil. Estaba casado con una rubia belga-francesa de raíces judías. Ese había dirigido la Marcha de los Cuatro Suyos. Se hacía llamar Pachacútec. Claro, era un indio, un serrano, el nombre le caía a pelo. Era casi seguro que sería el próximo presidente del Perú. Se había retirado de la segunda vuelta electoral denunciando fraude. Había prometido que metería a la cárcel a todos los corruptos. Y eso es lo que estaba haciendo el gobierno de transición de Paniagua: muchos de sus ex ministros estaban ahora presos o en el exilio como él, el Chino: Joy Way, su ex primer ministro y ex presidente del Congreso, estaba en San Jorge como un vulgar delincuente. Igual Villanueva Ruesta, su ex ministro del interior. ¡Con su sueldito de cachaco se había comprado una mansión! El caso más patético era el del general Hermoza Ríos: tenía veinte millones de dólares en un banco suizo. ¡Milico ladrón! Ahora se iba a pudrir en la cárcel por estúpido. Ya no era el general victorioso que exigía que lo hicieran mariscal como a Ramón Castilla o a Sucre porque había comandado personalmente la lucha antiguerrillera, ahora era un ladrón. Podría decir que él, el Chino, no sabía nada, que todos esos sinvergüenzas habían robado a sus espaldas, ¿pero quién le creería a estas altu-

ras si también había huido cuando debió presionar más y cerrar canales de televisión, confiscar los diarios, meterles bala a todos los que protestaban contra su gobierno, a todos los que pedían democracia? Quizá debió fusilar a todos esos delincuentes de saco y corbata para congraciarse con el pueblo. Empezando por Montesinos. Montesinos. Tenía que reconocer que el "doctor", así le gustaba que lo llamaran, había hecho un buen trabajo de demolición de sus rivales en las pasadas elecciones utilizando para ello los periodicuchos de medio pelo. Se había tumbado a Castañeda, más conocido como el Mudo, el que nunca decía nada; a Andrade, alias el Chanchó, el Glotón, el que comía de más mientras el pueblo mostraba las costillas como los perros famélicos, que solo iba a entrar a Palacio a llenarse la panza con la plata del pueblo. Toledo era el Cholo fumón, borracho y frívolo. Los había hecho pedazos desde esos pasquines que embrutecían a la población con sus espeluznantes noticias de crímenes, violaciones, incestos y las infaltables calatas que adornaban sus portadas. Pero también había tenido que comprar periódicos "serios" y emisoras y canales. América Televisión y Canal Cinco habían vendido sus líneas editoriales por sus buenos millones de dólares como putillas de alto vuelo. Sus dueños, Crousillat y Schutz, también habían tenido que huir del país. Cuando Baruch Ivcher, un antiguo aliado, le dio la espalda, le quitó la nacionalidad peruana, y todos calladitos. ¿Ven cómo el pueblo detestaba a esa gente? En lugar de convocar a nuevas elecciones debió mandar al paredón a todos esos corruptos. Sonrió de medio lado. Pero todo era para ganar las elecciones, para perpetuarse en el poder, para no salir con el rabo entre las piernas de Palacio, para no ser investigado por los numerosos crímenes de lesa humanidad que las ONGs de derechos humanos le achacaban a su gobierno: Barrios Altos y La Cantuta eran los casos más emblemáticos. Milicos estúpidos, ¿cómo se les ocurrió enterrar a los muertos tan cerca de la ciudad en lugar de tirarlos al mar o cremarlos? A veces Montesinos actuaba como un idiota. Ya le había dicho que no dejara huellas de nada pero el imbécil ese parece que estaba más preocupado en sus aventuras con sus putillas y sus viajes de placer en lugar de hacer un buen trabajo. Y allí estaban las consecuencias: los periodistas de

los diarios de oposición habían descubierto la existencia del Grupo Colina, un escuadrón de la muerte creado para aniquilar selectivamente a los terroristas. Ahora le culpaban a él, al Chino, de crímenes de Estado. También decían que a los guerrilleros que tomaron la residencia del embajador Aoki los habían matado estando rendidos. ¿Por qué se preocupaban tanto de esos renegados? ¿No vivían ahora en paz? Qué rápido habían olvidado los coches-bomba, los juicios populares, los crímenes de María Elena Moyano, Pedro Huillca Tecse, Pascuala Rosado, el atentado de la calle Tarata, los paros armados. Ahora que vivían en paz recién sacaban las garras, ¿pero qué hicieron cuando Sendero y el MRTA eran dueños del país? Nada, estaban escondidos en sus guaridas, los que tenían plata habían abandonado el Perú. Eso se habían olvidado. Si algún día, por milagro, lo extraditaban, enfrentaría una pena de veinticinco años. Prácticamente era cadena perpetua a menos que viviera cien años, a menos que lo indultaran, ¿pero qué presidente lo indultaría?, ¿Toledo, García, Paniagua, la Flores Nano? Todos esos eran sus enemigos políticos, todos esos estaban felices de tenerlo tan lejos, al otro lado del mundo. Miró el cielo acerado de Tokio, imaginó los aviones aliados rumbo a Hiroshima y Nagasaki llevando las bombas atómicas en sus vientres, imaginó el hongo de fuego elevándose hacia las alturas, imaginó a las personas desintegrándose, imaginó a sus padres despidiéndose de sus padres para marchar a la tierra de los incas. Ahora él, el Chino, había regresado. Quizá se quedaría en Japón hasta el día de su muerte. Un entierro discreto como el de Allende, lejos del pueblo, de las masas. La sonrisa se le congeló en el rostro. El Escritor se estaría riendo a carcajadas: ¿ve cómo terminó su gobierno, ingeniero Fujimori? Saltar a la vereda, hacerse el harakiri como Yukio Mishima, llamar a las fuerzas armadas, bombardear el Congreso, el Palacio de Justicia, pudo hacer tantas cosas pero prefirió huir. ¿Cuándo se jodió el Perú? El Escritor diría el día en que los peruanos lo eligieron a usted en mi lugar, ingeniero Fujimori. Volver. ¿Pero cuándo? ¿Y si García ganaba las elecciones? Los peruanos tenían la memoria bien frágil. A Belaunde lo sacaron a patadas los milicos en 1968. Doce años después volvió a Palacio en olor a multitud e hizo un pésimo gobierno, para el Arqui-

tecto los terroristas habían sido abigeos y dejó que crecieran como un tumor pero la gente lo recordaba como a un gran estadista, algo que él, el Chino, nunca sería. Luego entró García y sus cinco años fueron un desastre, el Apocalipsis, las colas interminables por un poco de azúcar y un par de panes y ahora anunciaba su retorno con bombos y platillos y quizá ganara las elecciones y allí sí él, el Chino, estaba jodido. Igual estaría si ganaba Toledo: Pachacútec había prometido mandarlo a la cárcel. Comer un ceviche, beber chicha morada, sentir el calor de la gente, ¡Chino, Chino, Chino!, sacar los tanques, volver a Palacio, fusilar a Montesinos, el cielo acerado de Tokio, los aviones aliados rumbo a Hiroshima y Nagasaki, saltar al vacío, ¡Chino, Chino, Chino!, desintegrarse.

\*\*\*

Alberto Fujimori gobernó Perú con mano de hierro entre 1990 y 2000, en que se derrumbó su gobierno y huyó a Japón donde permaneció hasta el 2005 protegido por las autoridades niponas. Ese año llegó sorpresivamente a Chile, desde donde pensaba participar en las elecciones presidenciales del Perú. Fue detenido y posteriormente extraditado. El 7 de abril de 2009 un tribunal lo condenó a veinticinco años de prisión por los crímenes de Barrios Altos y La Cantuta y a penas menores por casos de corrupción. Fue la primera vez que un ex presidente peruano se sentaba en el banquillo de los acusados. El 2 de enero de 2010 fue ratificada en última instancia la sentencia contra el ex dictador. Actualmente está en la cárcel aquejado por un cáncer a la lengua. Su hija Keiko Fujimori ha prometido indultarlo y nombrarlo embajador en Japón si gana las elecciones de 2011.

## HACIA LA OSCURIDAD MANUEL AMORÓS

*Reconozco que el hombre es un animal, preferentemente creador, condenado a perseguir conscientemente un fin y dedicarse al arte de la ingeniería, es decir, a abrirse camino de manera constante e ininterrumpida hacia donde quiera que sea. Pues bien, por esta misma razón, por el hecho de estar condenado a abrir este camino, siente deseo de apartarse de él de vez en cuando.*

Fedor Dostoyevski. *Memorias del Subsuelo*.

«El tren es la espina dorsal del paisaje». Anotó en su cuaderno la frase, que había brotado tan espontánea como un garabato infantil. Aquella era una de las muchas observaciones que menudeaban en un cuaderno blanco destinado en realidad al dibujo, y donde cada vez más escaseaban las verdaderas anotaciones técnicas, los croquis explicativos. Dentro de muy poco, los dibujos desaparecerían por completo, junto con su empleo. Quedó pensativo un momento, hasta darse cuenta de que la frase no conducía a conclusión alguna, que no contenía ninguna nerviosa urgencia o misión que cumplimentar, sino más bien parecía cerrarse sobre sí misma, como la concha de un extraño y autosuficiente animal marino.

No le disgustó aquel principio fallido, por el contrario: era un argumento más que refrendaba su homérica decisión de emprender un largo y definitivo viaje. Un viaje donde, entre otras cosas, las observaciones desperdigadas que había acumulado cobrarían sentido y se ordenarían de una vez por todas, igual que se suceden los territorios que ensarta un tren en su trayecto. Cerró el cuaderno y levantó la vista hacia un operario encaramado en lo alto de un pórtico; en ese momento realizaba una soldadura entre perfiles. Aquella unión era importante porque debía garantizar la comple-

ta rigidez de la nave industrial, y le prestó una especial atención. Le quedaban un par de comprobaciones más por realizar antes de abandonar la obra. De regreso a la ciudad, donde debía recoger a su sobrino, volvió a reflexionar sobre el verdadero sentido de todo lo que había escrito hasta entonces. Quizá no hubiese un nexo común y todo intento por encontrarlo fuese vano e incluso contraproducente. A veces es preferible dejar que las cosas fluyan, dejarse llevar sin imponer un orden artificial. Esto era algo que cada vez hacía con más frecuencia: dejarse llevar, seguir la corriente. Ocurrió por ejemplo cuando empezó con el diseño de la maqueta, justo después de que su esposa le abandonase. El desencadenante en todo caso no fue su separación sino una inocente pregunta de su sobrino, al que le gustaba abrir sus libros de Historia de la Tecnología y contemplar las láminas de viejas máquinas de vapor.

—¿Por qué te gustan los trenes y no tienes uno?

\*\*\*

Al principio, cuando surgió la idea, pensó en destinar el comedor por entero a la maqueta y como primera medida vació la estancia de muebles, que regaló o vendió de inmediato. A continuación comenzó el verdadero diseño. Como odiaba los juguetes de todo tipo, trató de apartarse de las típicas reproducciones en miniatura. Lo que quería era captar el espíritu de los pioneros en la construcción de vías férreas... Se fijó entonces en los primeros ferrocarriles americanos del siglo XIX. Allí estaba concentrado el espíritu que buscaba. Aunque reconocía la racionalidad de los ferrocarriles ingleses, que atraviesan rectilíneos la ondulada campiña inglesa, admiraba incondicionalmente el ímpetu de los ingenieros estadounidenses, capaces de poner en riesgo las construcciones que precariamente levantaban e incluso las vidas de los propios trabajadores. Aquellos ferrocarriles debían reco-

rrer grandes distancias, el capital era escaso y los sueldos en cambio eran elevados. Cómo los hábitos artesanos de tipo europeo no existían y el hierro era caro, los ingenieros recurrieron a un material barato y abundante: la madera. Sin demora, sin preparación previa del terreno, los ferrocarriles eran enviados al Oeste tan rápido como era posible, sustentados únicamente por frágiles viaductos de entramado de madera. Aquellos toscos puentes, sin embargo, podían atravesar inmensos valles de decenas de metros de profundidad. Mientras serraba o pulía en su estudio trozos de madera para la maqueta, notaba el temblor de su antebrazo, el mismo probablemente que sentían aquellos primeros viajeros cuando, apoyados en las ventanillas, miraban horrorizados el vacío que se abría a sus pies, mientras rezaban por la integridad de la frágil estructura o para que ninguno de los carbones encendidos que desprendía la máquina llegase a prender en las maderas del puente.

Podía considerarse afortunado: el entarimado de madera del suelo permitiría sujetar perfectamente el andamiaje inclinado sobre el que descansarían las vías. Para eliminar las molestas vibraciones que podrían alertar a sus vecinos recordó el destino de muchas de aquellas estructuras. Cuando los tendidos ferroviarios empezaron a dar sus beneficios, éstos se destinaron en parte a trenes especiales cargados de tierra que era arrojada desde lo alto para formar auténticos terraplenes donde la estructura de madera quedaba sepultada para siempre.

Llevaba poco más de un par de metros de construcción cuando se dio cuenta de que algo no iba bien, que había que hacer algo más. Se levantó y miró hacia la entrada del comedor. Reflexionó durante un rato antes de tomar una determinación. Nunca le había gustado realmente esa puerta...

Al cabo de dos semanas todo estaba listo.

La noche que acabó la maqueta se preparó una buena cena a modo de homenaje. Mientras se enfriaba el champán, preparó la bañera, se desnudó y se sumergió en el agua caliente. Agitó el dedo gordo del pie derecho, lue-

go el dedo gordo del pie izquierdo. Una vez terminado su ritual de relajación, movió su mano. A su alcance tenía un mando a distancia. Lo apretó mientras cerraba los ojos. Oyó un chasquido inconfundible y empezó a contar hacia atrás. Reino del Comedor. Región del Pasillo. País del Dormitorio Principal. Túnel del Armario. República de la Cocina. Túnel del Vestíbulo. De nuevo Región del Pasillo. Entonces abrió los ojos y vio una imagen insólita y probablemente irreplicable: un tren entrando desbocado en su cuarto de baño.

\*\*\*

Detuvo su coche justo enfrente del colegio de su sobrino. Mientras esperaba la salida de los colegiales, aparcó al lado de un quiosco, un lugar desde el que nunca podría ver la fachada principal. Una precaución inútil ya que la imagen del rectángulo de ladrillo, al que una amenazadora grieta en zigzag atravesaba de arriba abajo, gravitaba sobre sus pensamientos. A falta de relación causal, no podía dejarse de sentirse responsable de ello, como parte integrante del estudio que había proyectado el edificio. Precisamente cuando entró con un contrato provisional en el gabinete, la escuela encabala la recta final de su construcción; él apenas pudo supervisar las instalaciones, y sin duda la raíz del problema provenía de mucho antes, probablemente de los fundamentos. El caso es que a los pocos meses de su inauguración apareció, de la noche a la mañana, la profunda e inquietante grieta que atravesaba la caja de ladrillo y que tantos quebraderos de cabeza le había dado. A pesar de que los dictámenes técnicos garantizaban que la grieta no ponía en peligro la seguridad del edificio y de sus ocupantes, la preocupación y el sentimiento de indignación de la comunidad escolar no pudieron mitigarse. Todas las fuerzas vivas del colegio arremetieron contra los organismos administrativos y luego contra la empresa constructora sin

demasiado resultado; finalmente optaron por pedir cuentas directamente a los responsables del diseño. Su hermana, que capitaneaba el bando de los padres de alumnos y conocía su vinculación con el estudio, le pidió que concertase una entrevista con el arquitecto responsable.

Trató de ser diplomático, pero no podía dejar de sentirse entre dos fuegos. La respuesta del arquitecto fue escueta y tajante.

—No tengo demasiado tiempo para este asunto. Dile a tu hermana que vayan contra el seguro.

A su hermana no le hizo ninguna gracia la respuesta y le acusó de bailar el agua a su jefe, de ponerse de su parte. Para compensarla por su escasa eficacia negociadora, empezó a ocuparse de su hijo, a quien cuidaba las tardes que ella dedicaba al gimnasio o al profesor del mismo.

El niño era entrometido aunque afectuoso, y había heredado la capacidad de su madre para ir directo al grano.

—¿Cuándo podré ir a tu casa ? Ya hace tiempo que no vamos. —dijo mientras abría la puerta del coche y dejaba su mochila en el asiento trasero.

Utilizó la excusa un poco gastada de las reformas para salir del paso una vez más, mientras encontraba un modo de reconducir las cosas, de devolverlas al momento en que todavía su casa —y su vida— podía ser visitada.

Bajaron a un parque cercano, que disponía de una zona de juegos infantiles. En las últimas semanas se habían producido algunos cambios. Flanqueando el camino principal, el Ayuntamiento había instalado unos postes de madera de una funcionalidad similar a los aparatos de un gimnasio, con la particularidad de que éstos no iban destinados a jóvenes atletas o a oficinistas obsesionados por sus abdominales, sino a provecos ancianos que en muchos casos apenas podían salvar los escalones de la entrada. Se acercó a uno de los postes, aproximadamente de su altura, provisto de una placa de metal con un recorrido por el que discurría una arandela; la explicación que lo acompañaba en la parte superior aclaraba, a modo de pros-

pecto, tanto la forma de uso como los beneficios que acarrea. Unos metros más allá encontró otro tótem de forma aún más extraña, cruzado por unas barras horizontales; éste, que carecía de instrucciones visibles, evocaba una especie de espaldera. Imaginó de inmediato a un jubilado colgado de aquello, tieso como la mojama. «¡Qué admirable iniciativa!» —pensó. Nuestros mayores podrían, a partir de entonces, esquivar los achaques propios de la vejez, las costosas rehabilitaciones a cargo del erario público, gracias al óptimo estado de forma física alcanzado con aquella ingeniosa gimnasia preventiva.

Pese a tan encomiable afán, no pudo ver, sin embargo, a nadie dedicado a la fatigosa tarea de sacudir los postes. Ni siquiera su sobrino, que prefería el clásico columpio, parecía prestarles demasiada atención. Sólo un viejo permanecía en un banco, ajeno a la gimnasia, boqueando como un lagarto. Se sentó a su lado, en uno de los bancos que rodeaban un gigantesco plátano centenario. Desde allí, bajo el cobijo vegetal, podía ver al niño, y también de reojo al anciano, los dos muy concentrados en sus respectivas tareas. Volvió a pensar en su próximo viaje y no pudo evitar un agradable escalofrío. Lo tenía todo listo —equipaje, billete, traslado a la estación—, aunque todavía faltasen unas semanas. Tan exhaustiva preparación no provenía de ningún afán previsor, sino en cierta forma de lo contrario, lo que quería era olvidarse de esos detalles que nos atrapan y pueden voltearnos en cualquier instante, para concentrarse en lo verdaderamente importante, en disfrutar de la perspectiva que se abría ante él, pues estaba convencido de que aquella era una oportunidad decisiva, aunque no supiera exactamente de qué. Un verdadero viaje es una partida o un regreso, y conlleva una rotura —leve o catastrófica— de la delicada trama de los días. Había que estar listo para esta ruptura.

Como siempre que podía, realizaría el viaje en tren. Su mujer nunca pudo entender esta manía, esta obsesión como la llamaba ella, que no era tal,

sino más bien una preferencia de naturaleza táctil, como cuando elegimos o desechamos una prenda por su roce. Prefería el ferrocarril sobre otros medios porque representaba el punto exacto de la evolución tecnológica con el que podía sentirse en armonía, concretamente aquel en que la forma de locomoción todavía permanecía arraigada al suelo, anclada al planeta, al paisaje. Su mujer lo veía de otra manera:

—Lo que te ocurre es que no levantas la vista del suelo.

Ella solía recriminarle, en sus viajes conjuntos, que prestase más atención a lo pedestre que a lo importante, que indefectiblemente sucedía más arriba, y pretendía arrancarle de sus caminatas y arrastrarle a cualquiera de esos hitos turísticos que jalonan las grandes urbes y desde donde puede abarcarse la ciudad y su periferia. Desde allí arriba, sin embargo, rodeado de turistas extasiados por el panorama, la perspectiva le resultaba aborrecible, ilusoria, inhumana. Se resistía a entrar en uno de esos inhóspitos ascensores, para no tener que ver en el rostro de su esposa la satisfacción del deseo cumplido, el brillo centelleante de sus ojos mientras era elevada hasta lo más alto.

Un crujido seco, metálico, le sacó de su abstracción. La cadena del columpio chirriaba exigida al límite de su resistencia, tensada por unos balanceos cada vez más convulsos. Cuando parecía que iba a retorcerse sobre sí mismo, el columpio cobró vida de repente, dio un respingo y escupió a su insidioso inquilino. El niño, sin inmutarse por la caída, se dirigió a la siguiente prueba. Un tobogán, brillante combinación de materiales, colores y formas, se plantaba allí como un desafío; lo formaba un suelo elevado de madera al que se accedía por una escalerilla y donde descansaban tres cilindros inclinados de distinto tamaño. Había que subir a la plataforma, atravesarla —asunto nada trivial teniendo en cuenta la estudiada inestabilidad de las tablas del suelo— y desde allí deslizarse sucesivamente por los cilindros hasta la arena. Ahora bien, el niño, tozudamente, seguía el

camino inverso, escalaba la superficie pulida del acero hasta ganar la plataforma para luego bajar tranquilamente los escalones. Así, una y otra vez.

El niño no jugaba al tobogán, jugaba con el tobogán, a espaldas de la lógica, rindiendo honores al juego, a la libertad del juego. Había en aquel comportamiento un íntimo acto de rebeldía que le reconfortaba. Sabía que el chico era, además de revoltoso, un pésimo estudiante, como lo fuera él: incapaz con las matemáticas, desganado con el lenguaje o la historia, un cero a la izquierda, el último de su clase. Lo que para su madre era una actitud displicente y para los pedagogos y maestros un incomprendible acto de insensatez, a él le parecía un grito –inarticulado, confuso si se quiere, inconsciente– contra las normas, contra las Reglas del Juego. Enteraos, no quiero saber más. O si se prefiere: No quiero saber lo que vosotros sabéis, jugar con vuestras estúpidas reglas.

El era, lo sentía, ese niño ensimismado y, también, el viejo tendido a su lado, extrañas figuras simétricas en torno a un árbol centenario.

\*\*\*

El día del viaje, una niebla que parecía provenir de las propias entrañas de la ciudad, cubrió todo con una capa densa y fría que borraba los contornos de las calles y edificios, como un ácido que, al desvanecer la faz de las cosas, pudiese desplegar lo infinito que en ellas estaba oculto.

El taxista que le llevaba a la estación se extravió como muchos otros en la novedosa geografía y por un rato deambularon por calles desconocidas, desorientados de repente en una ciudad extraña. Al llegar a cada cruce debían realizar ímprobos esfuerzos para sortear el tráfico. En uno de esos cruces pudo identificar un elemento que le era familiar, un quiosco en el que solía comprar el periódico mientras esperaba a su sobrino. El taxi avanzó renqueante unos metros y de pronto se encontró ante la fachada del cole-

gio, como si el pasado pretendiese despedirse de él. Debido a la niebla y a la distancia sólo podía apreciar, forzando la vista, la mancha arcillosa de la fachada sobre un fondo acuoso. La fisura en cambio, de una negrura aterradora, parecía haberse ampliado y definido en su macabro trazo. No le hubiese causado extrañeza alguna si alguien, horas más tarde, le hubiese advertido que la horrible grieta no era una alucinación, que aquel edificio, partido en dos mitades, había sido engullido para siempre por la niebla.

Llegó con el tiempo justo a la estación y después de informarse en el panel electrónico del vestíbulo, se dirigió hacia el andén exterior con el bolso de viaje al hombro. Atravesó la gran nave sostenida por gigantescos arcos metálicos. Afuera le esperaba el muro de niebla, cada vez más alto y denso. Avanzó unos metros como un equilibrista, guiado únicamente por las juntas del pavimento. No encontró a ningún otro pasajero en el andén. Pensó en esas paredes que en sueños se cierran paulatinamente sobre un centro. El estaba en ese centro. Giró lentamente sobre sí mismo y pudo atisbar a su espalda el débil resplandor de la estación, como si proviniese de un pasado lejano. No se atrevía a moverse en ninguna dirección por temor a caer al foso de las vías. Entonces, el timbre agudo del sistema de megafonía vibró en el aire para anunciar la llegada de un nuevo tren, pero en lugar de emitir un sonido articulado, lo que pudo oírse fue un zumbido prolongado, sordo, que fue derivando en un pitido ensordecedor. En medio del caos sonoro, pudo oír sin embargo con absoluta claridad un sonido inteligible, la palabra destino.

Por fin en el tren, cruzó un par de vagones hasta encontrar el suyo y antes de que se pusiese en marcha tomó asiento. Tranquilamente se quitó la chaqueta que dejó sobre sus piernas, sacó un papel del bolsillo, lo desdobló, lo leyó y luego calculó mentalmente cuanto tiempo, cuantos meses, semanas, días, faltaban para quedarse completamente ciego.



## AVENTURA AFRICANA

### ANDRÉS FORNELLS

*Dedicado a mi muy admirada amiga la escritora y periodista Sasi Alami, en agradecimiento por la magnífica presentación que realizó en Marbella de mi novela Jazmín significa amor voluptuoso.*

Como la gran mayoría de la gente sabe, el nombre de Zimbabue deriva de unas muy famosas ruinas que existen en este país africano. El Gran Zimbabue o «casas de piedra» es el nombre dado a las ruinas de una antigua ciudad situada en el sur de África. Esta ciudad fue el centro de una poderosa civilización conocida como el Imperio Monomotapa, que abarcaba zonas de Zimbabue y Mozambique.

En esa época lejana esta civilización llegó a comerciar con otras partes de África a través de puertos como el de Sofala, al sur del delta del río Zambeze. Y actualmente, las estructuras y edificios que fueron construidos entre los siglos XI y el XV, son un lugar arqueológico de gran importancia pues cubren un área de 7 km<sup>2</sup> a lo largo de una zona con un radio de 160 a 320 km. Sobre el origen de la palabra Zimbabue hay por lo menos treinta teorías.

Nada contaré sobre ellas, pues ocuparían demasiado espacio, y pasaré inmediatamente a relatarles las peripecias que corrimos, hace unos pocos años, cuatro amigos que decidimos visitar este exótico y hermoso país, por nuestra cuenta, y no a través de agencias de viajes que lo programan todo librándote de este modo de un buen número de incomodidades, peligros y sustos. Pero que también te libran de la excitación, la incertidumbre y la improvisación que conlleva la aventura de irlo descubriendo todo uno mismo, y la libertad de crear tu propio programa.

Acordamos que una vez llegados a Zimbabue visitaríamos el Hwange Park, las Cataratas Victoria, un pequeño poblado bosquimano, el lago Kariba, el Brumis Hills Safari Lodge y un par de lugares más cuyos nombres no acuden en este momento a mi memoria cada día más mermada de las tan imprescindibles neuronas.

El vuelo de Madrid a Harare los realizamos sin contratiempo ninguno, e incluso con admirable puntualidad. Deslizándonos por el, a veces demasiado fácil tobogán del optimismo, este favorable hecho horario lo consideramos un muy buen augurio. En la aduana nos dieron unos formularios en los cuales debíamos declarar cuanto de valor llevábamos encima y comprometernos a no sacar dólares zimbabuenses fuera del país. Tomándolo a cachondeo, uno del grupo, dijo que esta medida la tomaban debido a una notable escasez de papel que allí sufrían.

Abandonamos aquellas poco elegantes dependencias donde, en aquellos momentos superaba en número la blancura de los turistas, al color oscuro de los nativos, y nos encontramos con un sol espléndido. Por como empezamos a sudar casi enseguida, reconocimos que ese sol era excesivamente espléndido.

Firmemente convencidos de que el tiempo es oro, entramos en acción de inmediato yendo directamente a coger un taxi. El taxista que lo tenía a su cargo andaría por los cincuenta años, y era tan poco agraciado físicamente que Antonio, el pesimista y lúgubre del grupo, dijo nada más subirnos al vehículo que pretendíamos nos llevase al hotel de Harare donde habíamos reservado dos habitaciones:

—No sé, no sé... Yo tengo como un mal presentimiento. Este taxista tiene cara de gafe. ¿Os habéis fijado en las cataratas que tiene en su ojo izquierdo?

Lógicamente, nos reímos de sus aprensiones.

—Joder, Antonio, ya empieza con tus pesimismo.

Sin embargo, a los pocos kilómetros recorridos pinchamos dos ruedas a la vez y de puro milagro no nos estrellamos contra un árbol. Allí, sentados en la cuneta, tuvimos que esperar más de una hora a que trajeran una rueda de repuesto, pues la rueda de reserva ya la había cambiado por una de las averiadas aquel conductor muy perjudicado en uno de sus órganos visuales.

Pernoctamos en un hotel de Harare que no era barato de precio, pero sí lo era de aspecto y comodidades, y a la mañana siguiente fuimos directamente a coger una avioneta que debía llevarnos hasta el pequeño aeropuerto de Hwange Park.

Antonio, que padece de superstición gitana, vio una pequeña serpiente muerta en el suelo y tuvimos que forzarle a que subiera a la avioneta, pues se obsesionó con que iba a producirse una desgracia y él quería escapar de ella.

No andaba Antonio totalmente desencaminado, pues durante el vuelo se averió uno de los dos motores del aparato y pasamos muchísimo miedo, pues éste danzaba en el aire como una cometa loca, al tiempo que perdía altura de una manera muy alarmante.

Finalmente aterrizamos dando el medio averiado artilugio volador unos impresionantes botes que no nos subieron nada a la garganta porque lo teníamos todo subido ya.

Cuando aposentamos nuestros pies en el suelo firme, Antonio recuperando un ridículo hilito de voz manifestó convencido:

—Qué os decía yo, ¿eh? Habéis visto como nos ronda la tragedia. Tal vez lo que deberíamos hacer a continuación es regresar a casa. Morir en África no es precisamente el gran deseo de mi vida... No sé el vuestro...

La parálisis oral que nos había producido el peligro pasado, no nos permitió a los demás responder con algún chiste oportunista.

Con un muy acusado temblor de piernas —pues los valientes también tiemblan, aunque se hable poco de ello— recuperamos nuestros equipajes